

Toni Mata

NACIDOS
PARA SER BREVES

Traducción de Josan Hatero

LUNA  ROJA

*A todos los que no pueden soportar la injusticia y la combaten.
Y a Nereida, Anais y Glauco, por la alegría.*

Los telómeros son los extremos de los cromosomas. Cada célula de nuestro cuerpo tiene cuarenta y seis cromosomas, pero cuando nuestras células se dividen, estos telómeros se vuelven algo más delgados. Son como las pastillas de freno de una bicicleta, se desgastan casi imperceptiblemente.

Y cuando se desgastan, las células ya son incapaces de replicarse y mueren.

Envejecemos porque nuestros telómeros se funden lentamente.

Morimos porque nuestras células mueren.

Científicos de todo el mundo están investigando cómo frenar el envejecimiento de los telómeros. ¿Y si lo logran? ¿Y si pudiéramos detenerlo con solo ponernos una inyección?

1.

Caminar por un bosque nevado es extenuante aunque no haya tormenta. Los pies se te humedecen al segundo paso y avanzas como un árbol que arrastra sus raíces. Intentas ir rápido aunque nadie te persiga. No puedes evitar una mueca de asco aunque acabes de salvar tu vida.

Hunter avanza pesadamente, cansado, tan deprisa como puede, hundiendo las botas en la nieve y secándose de la cara las gotas que los árboles dejan caer a su paso. Está sucio. Tiene manchas de barro y sangre en la cara, el pelo y la ropa, que es orgánica.

Está agotado. Jadea como un perro y siente que cada exhalación le martillea el ánimo. Se agacha para coger un poco de nieve limpia y se la lleva a la boca. Al hacerlo se da cuenta de que gotea sangre de su mochila. Está dejando un rastro. Hunter suelta un taco, abre la mochila y saca unos trozos de carne en-

sangrentada. Carne cuarteada. Al mirarla, se acuerda de todo.

Se encuentra en Sadira, otro suburbio más. Circula con un coche fabricado del mismo material que su ropa, una especie de mimbre flexible. La tecnología ha evolucionado hasta permitir crear vehículos y casas de materiales biológicos, todo orgánico. Es una ciudad fangosa, como una inmensa favela de barracas biodegradables. Los niños juegan en la calle, sucios, y algunos adultos (pocos) los vigilan. La mayoría están trabajando en los campos. Están recogiendo hojas bajo la atenta mirada de guardias armados.

—Hunter, ven y trabaja un poco hombre. ¡Deja de pasearte!

—Alguien debe hacer el trabajo duro. Y mejor tú que yo.

Los recolectores ríen, le dicen algo a Hunter, pero él no los oye porque sigue alejándose. Levanta el brazo a modo de despedida. Un vigilante se acerca al campesino que ha hablado y le indica que siga trabajando. El hombre inclina la cabeza y vuelve a recoger hierbas. El vigilante regresa a su puesto. Estos guardianes visten una especie de armadura sintética, cargan una mochila y van armados. Se pasean por los límites de los campos comprobando que todos trabajen.

A Hunter se le borra la sonrisa después de dejar atrás a sus compañeros. Sabe que morirán todos dentro de unos minutos, pero no puede ayudarlos de ningún modo. En el cielo hay una proyección. Son números rojos, un marcador que indica 9.999.999.982, una cifra que sigue subiendo. Hunter la ve y se maldice a sí mismo. Algo le preocupa y acelera.

El marcador sigue aumentando y se escucha un murmullo

creciente en el suburbio. Un murmullo casi marino está emergiendo y haciendo suyo el espacio sonoro. Las familias comienzan a salir de sus casas. Todo el mundo mira al cielo, expectante, en silencio. El marcador llega a 10.000.000.000. Suena una sirena. Su zumbido es una ola sonora que dibuja caras de terror a medida que se expande.

Todos están asustados, se les nota el temblor en la mirada. El número del marcador desaparece dejando lugar a un rótulo con letras rojas y una voz cavernosa que anuncia: «Próxima Labranza en...». A la espera de que aparezca el nombre de una población, los ciudadanos se encomiendan a sus dioses, murmuran súplicas e intentan mantener la calma ante sus hijos. Como si educar se redujera a saber contener los miedos.

«Sadira», indica el marcador.

Y la contención desaparece en una explosión de emociones aciagas. El pánico se apodera de los pobres miserables. Hunter acelera al máximo, los vigilantes activan su mochila, que resulta ser un jetpack que los eleva hacia el cielo. La gente llora desconsolada, grita, corre. La inminencia de la muerte les provoca una descarga de adrenalina tan grande que ya no pueden controlarse y el patetismo se convierte en la norma.

Un hombre sentado en un charco se desgarró la ropa. Una chica esprinta hasta que se detiene para gritar. Algunos lloran abrazados en grupo. Una pareja echa un polvo furioso apoyados en el alféizar de la ventana de una casa. Dos amigos comparten comida como si no ocurriera nada... Como fotos movidas, todos cruzan la retina de Hunter, que va a toda velo-

cidad decidido a salvar el pellejo. Pero una escena se le queda grabada. Se trata de una de esas familias típicas que parecen salidas de un anuncio, de esas a las que se diría que nada malo les puede pasar. Se dirigen a su casa con tranquilidad, ceremoniosamente, dispuestos a afrontar juntos lo que va a suceder. Algo para lo que se han preparado, una fatalidad tangible. El padre acaricia la cabeza de su hijo, entran en casa y cierra la puerta tras de sí, después de echar una última mirada al exterior. La mirada lacónica de quien se despide del mundo.

En ese momento un edificio, el único que no parece estar hecho de material orgánico, sino de hormigón y metal, sale disparado hacia el cielo gracias a unos propulsores similares a los jetpacks de los vigilantes. Ya está todo preparado. Todo lo que debía salvarse se encuentra fuera de peligro.

Y entonces aparece la Labradora. Una máquina del tamaño de un estadio de fútbol, una especie de motocultor gigante con unas cuchillas de unos veinte metros cada una. Al verla, los ciudadanos palidecen. Llevan toda la vida temiendo ese día, pero nunca creyeron que realmente llegaría. Por suerte ya no quedan niños en la calle. Morirán igualmente, pero se ahorran ver la avalancha de suicidios y a los adultos que caen fulminados por un ataque al corazón.

Hunter salta del coche frente a su casa y corre hacia la puerta. Entra a toda velocidad y va directo al comedor.

La Labradora se pone en marcha con un ruido ensordecedor. Sus cuchillas giran provocando un viento terrorífico. Va a triturarlo todo. La gigantesca máquina empieza a descender,

aproximándose al suelo al mismo tiempo que los ciudadanos se preguntan si sentirán dolor cuando sus cuchillas los corten por la mitad y los mezclen con la tierra que han pisado durante tanto tiempo. Se preguntan por qué le ha tocado a Sadira, por qué no a otro de los suburbios. ¿Para qué han trabajado tan duro si al final no ha servido para nada?

Hunter coge una mochila y la llena con algunas cosas, luego levanta el parqué bajo la mesa del comedor dejando al descubierto un agujero, profundo como la boca de una mina. Se mete dentro y e inicia el descenso a toda prisa. Apoya los talones y los codos en las paredes de la gruta y baja por el estrecho hoyo sin dejarse caer. Como un topo fugitivo. Le cae arena que le mancha la cara, la aparta jadeando, sin emplear las manos porque las necesita para bajar más deprisa. Su salvación está abajo del todo. Desciende cinco, diez, quince, veinte metros...

Finalmente llega a una cavidad donde se sienta a esperar. Resopla y presta atención a cualquier sonido.

Afuera, la Labradora llega al suelo y lo corta como si fuera gelatina. Las casas son pan seco que en apenas dos segundos está listo para rebozar filetes de pollo. Están labrando el suburbio sin olvidarse de nada. Todo es biodegradable, todo vuelve a la tierra.

Desde la cavidad donde se esconde Hunter, solo se oyen gritos y el ruido de las cuchillas. Nota cómo vibra el suelo. Mientras un sudor fangoso le recorre el espinazo, espera sabiendo exactamente qué significa ese ruido. Y qué significará el silencio. Llega unos minutos después y es casi más terrorífico que

los gritos. La atronadora presencia de la ausencia. La Labradora ha terminado y todos sus vecinos han muerto. No queda nadie, solo él, escondido en un agujero a más de veinte metros de profundidad.

Hunter saca de su mochila un montón de tubos de bambú y una pala pequeña. Tal como había previsto, su salida ha quedado sellada por la tierra movida por la acción de la Labradora, pero uniendo los trozos de bambú hueco montará un largo conducto que irá clavando en la tierra hasta llegar a la superficie. Así permitirá la entrada de aire. Puede hacerlo porque la tierra recién labrada está blanda, esponjosa. Pero Hunter no tiene un segundo que perder, no puede permitirse que la tierra se endurezca y no sabe de cuánto tiempo dispone antes de que se agote el oxígeno que hay en la cavidad que le ha salvado la vida. Debe conseguir su cordón umbilical de aire.

Hunde el bambú en la tierra, añade otro trozo y lo hunde aún más arriba. Repite la operación mecánicamente mientras piensa en todo lo que podría haber salido mal. Que no le hubiera dado tiempo de hacer un agujero tan profundo, que hubiera calculado erróneamente el tamaño de las cuchillas o que se hubieran derrumbado las paredes del túnel mientras descendía. Con cada tubo de bambú que clava, cae un poco de arena, pero llega un momento en que esto ya no es así. Ya no cae tierra y se escuchan los silbidos del aire. Hunter respira aliviado. Inmediatamente comienza a cavar hacia arriba.

Un rato después, Hunter emerge en medio de la nada. Lo que antes era una ciudad, ahora es un campo labrado. No hay

nada, solo el edificio de hormigón y metal, que vuelve a estar en su sitio.

No hay vigilantes, porque ya no hay nadie a quien vigilar. No hay nadie en los límites de Sadira. No queda ni un alma. En ninguna parte.

Hunter sabía lo que iba a pasar y estaba preparado. No está aturdido, aunque el vacío exterior se le esté metiendo dentro. Pero sobre todo está cansado. Una fatiga de descompresión lo invade y le pide tumbarse y dormir hasta el día siguiente.

Pero no puede ser. Es una pequeña broma de su cuerpo, un pequeño respiro. Sabe perfectamente que tiene que largarse de la ciudad antes de que traigan gente para repoblarla.

Hunter hunde una mano en el suelo y la remueve, como buscando a tientas. Saca unos trozos de carne que guarda en la mochila. Tienen el mismo aspecto que la carne de cualquier charcutería, pero es carne humana.

Comienza a caminar hacia el bosque. El marcador en el cielo indica 9.998.000.432 y aumenta lentamente. Por tanto, han muerto unos dos millones de personas en apenas unos minutos. El marcador indica el número de habitantes que hay en el mundo. Cuando esa cifra supera los diez mil millones, en algún lugar del planeta, a algún suburbio de esclavos desgraciados como Sadira llega la Labradora y corta de raíz el problema de la superpoblación mundial. De forma drástica. Cruel. Limpia. ¿Es mejor matar a la población sobrante o dejarla morir lentamente en países sin recursos? ¿Muerte por acción o por omisión?

Hunter nunca ha podido elegir. En el silencio el bosque chasquea la lengua, envuelve mejor la carne humana, la guarda de nuevo en la mochila y retoma su camino.

2.

La sala de espera del Centro de Asistencia de Ciudad Eterna tiene un diseño minimalista. Pocos muebles, colores básicos. Todo está pensado para crear un ambiente de calma y pulcritud. No se preocupe por nada, nosotros nos ocuparemos de usted, parece decir la decoración.

La pared de la sala se convierte en una pantalla líquida que avisa al siguiente turno. De uno de los consultorios sale un hombre apretando un algodón contra su nuca mientras, en la pantalla, la cara de una chica resplandeciente de felicidad anuncia:

—Comodoro, pase al consultorio número dos, por favor.

Un anciano de unos ochenta años se pone en pie. Mientras camina, lo acompañan dos vigilantes como los de los suburbios, llevan armas ligeras. El Comodoro avanza por el pasillo y se detiene cuando un niño de unos cinco años se le cruza jugando

con un cochecito. El anciano coge el cochecito, se lo entrega al niño y le pregunta:

—¿Cómo te llamas, chico?

—Steve, señor Comodoro —responde sin la vergüenza que se esperaría de un niño cuando le habla un adulto.

—¿Cuántos años tienes, Steve?

—Treinta y cinco.

—¿Y quieres tener siempre el aspecto de un niño?

El niño se encoge de hombros.

—Mi madre dice que es la mejor edad, que luego creces... y todo es peor.

El Comodoro sonríe.

—No le diré a nadie cómo debe educar a su hijo, pero, Steve... los treinta y cinco son una edad estupenda. Con el aspecto de un hombre de treinta y cinco años podrías hacer muchas cosas. Muchas más de las que tu pilila de niño te permite, por ejemplo. ¡Ojalá yo hubiera podido plantarme en los treinta y cinco!

—Pero mi madre...

—Tu madre quiere tener un niño pequeño para cuidarlo siempre. Pero tu vida es tuya.

El Comodoro entra en el consultorio número dos. Los vigilantes se quedan haciendo guardia en la puerta. En el interior, una enfermera de unos veintiocho años está preparando una jeringuilla. El Comodoro se sienta en la camilla.

—Señor Comodoro, bienvenido. ¿Como hará el pago?

El Comodoro asiente y le muestra los dedos. En la uña del

dedo índice lleva un chip. La enfermera le acerca una máquina que emite un pitido cuando el Comodoro pasa la mano por delante. La enfermera deja el aparato y se coloca detrás del Comodoro con la jeringuilla.

—¿Viene mucha gente últimamente?

—Pche... Más o menos como siempre. Algo menos, quizás, porque la economía no va muy bien y la vacuna sigue siendo muy cara.

—¿Y la gente prefiere envejecer?

La enfermera le pincha en la nuca, donde el Comodoro tiene una marca blanca redonda, igual que la cicatriz de una vacuna.

—No, no es eso...

La enfermera le da un algodón al Comodoro, tira la jeringuilla y se acerca al calendario que está colgado en la pared. Es 24 de febrero de 2216.

—Mire, este mes han venido dos mil quinientas veintisiete personas. Son unas mil menos que el mismo mes del año pasado.

—O sea que hay mil personas que ya no son eternas.

—Bueno, quizás el próximo año sí acudan a ponerse la vacuna. El problema es que, como hemos frenado el desgaste de los telómeros, si dejan de inyectársela envejecen más deprisa. Más o menos, por cada año envejeces cinco. Y, claro, los que no pueden pagarse las inyecciones durante un tiempo envejecen enseguida. ¡Algunos incluso mueren!

—Claro... Ya me lo imagino —dice el Comodoro como si

no le importase al mismo tiempo que se incorpora de la camilla.

—¿No podrían ser gratuitas durante un tiempo? —pregunta ella a modo de súplica—. Solo... hasta que las cosas mejoren.

—¡Ja, ja, ja! —Se ríe el Comodoro—. No podemos hacer eso. Ser eterno no puede ser gratuito, hay que ganárselo. Además, somos muchos. ¡Demasiados! ¿Qué edad tienes tú?

—Veintiocho. Trabajo en esto para ahorrar y poder comprarme la vacuna pronto. Hago doble turno porque mi familia no puede pagarla y yo no quiero envejecer... ¡Me queda tanto por vivir!

El Comodoro, aguantando aún el algodón en la nuca, acerca de nuevo el dedo índice al aparato, que emite un pitido.

—Ya está, la tienes pagada.

—Gracias, Comodoro.

—Pero que sepas que me doy cuenta de cuando trato con alguien mayor de cincuenta años que lloriquea para poder ahorrarse un dinerito.

—Comodoro...

—Calla. Tengo doscientos treinta y siete años y dirijo esta ciudad. No soy idiota. Tendrías que pasar una temporada con los Breves para saber la suerte que tienes.

El viejo sale de la consulta y se va con sus vigilantes. Después de dar dos pasos tira el algodón.

—Podemos detener el envejecimiento pero no hemos conseguido que sea tomando una pastillita, tiene que ser un pinchazo. Menudo progreso...

El Comodoro y los vigilantes salen del centro médico y entran en un coche que está aparcado en la entrada. A su alrededor se muestra un paisaje de rascacielos y de gente que se desplaza en todas las direcciones. Todo el mundo camina hablando con aparatos que no se ven o mirando vídeos en sus lentes de contacto con proyectores. En el suelo, en lugar de asfalto hay una pista de pantallas líquidas que adopta el aspecto de una carretera, de un río, de un bosque... Cualquier paisaje o cualquier anuncio puede aparecer a conveniencia. La ciudad muta continuamente como un enorme fondo de pantalla adaptable. El coche arranca sin hacer ruido y se pone en marcha.